

ANIMAL Y HOMBRE, FANTÁSTICA CERCANÍA, FANTÁSTICA LEJANÍA

CARLOS DÍAZ

Del I. E. Mounier



A finales del pleistoceno, hace dos millones de años, ciertos cambios climáticos acaecidos en el África meridional causaron la pérdida de árboles y bosques, ahora substituidos por sabanas semiáridas. De este modo diversos grupos de australopitecos se vieron forzados a adaptarse a un nuevo sistema ecológico, pasando de recolectores a cazadores de pequeños animales de movimientos lentos, como crías de aves, etc. De este modo adoptaron una dieta omnívora, lo cual multiplicó sus posibilidades de supervivencia: el comportamiento del cazador ha de ser más rápido que el del recolector, pues obligado a perseguir su pieza tiene que adaptarse a sus modalidades de huida y defensa.

La aptitud para la posición bípeda o *bipedismo* debió de afirmarse por sus indudables ventajas en un medio abierto y poco boscoso. El primate que podía enderezarse y desplazarse con las articulaciones posteriores tenía un mejor control del terreno extendiendo el campo visual. Podía divisar desde lejos eventuales depredadores y buscar refugio a un tiempo. Tenía además mayores oportunidades en la recogida de frutos y bayas para comer; su mano, liberada de las funciones de apoyo y sostén, podía usarlas para blandir palos o empuñar piedras, para defenderse o cazar. Pasará todavía mucho tiempo hasta que las manos se utilicen según el deseo de la mente y puedan construir objetos manufacturados. Entonces sí habrá un salto cualitativo. Las manos sirven fundamentalmente para recoger y sostener los alimentos, como lo hacen ya algunos mamíferos inferiores con sus patas delanteras, o para construir nidos en los árboles; el chimpancé llega a construir tejadillos entre las ramas, para defenderse de las inclemencias del tiempo; su mano le sirve para empuñar garrotes para defenderse de los enemigos, o para bombardearles con frutos y piedras. Cuando se encuentra en cautividad, realizan con las manos vacías operaciones sencillas que copian de los hombres. Pero aquí es precisamente donde se ve cuán grande

es la distancia que separa la mano primitiva, incluso la de los antropoides superiores, de la mano del hombre, perfeccionada por el trabajo durante centenares de miles de años. Ni una sola mano simiesca ha construido jamás un cuchillo de piedra, por tosco que éste fuese¹. Los monos pueden aprender a valerse de un palo para alcanzar la fruta, pero estas operaciones no se fijan en herramientas encargadas en el futuro de tales operaciones. Por eso los animales no conservan sus herramientas ni las transmiten de una generación a otra, incapaces de efectuar esa acumulación de las funciones que caracteriza a la cultura: los animales son capaces de utilizar instrumentos, o incluso de elaborarlos con sus manos, pero no de fabricarlos con otros instrumentos (es decir, de *conducta instrumental de segundo orden*).

Los chimpancés son primos nuestros, compartimos el 95% de los genes, y sin embargo ¡qué fantástica lejanía! Se rascan ahora igual que se rascaron siempre. ¿Por qué existen tantas diferencias, si sus genes casi coinciden con los nuestros? El animal produce solamente para su propia especie, mientras que el hombre puede producir para las demás; aquél posee inmediatamente para su cuerpo físico, mientras que éste objetiva el producto universalmente; el primero puede trabajar con datos presentes a su vista, y sus respuestas son mucho más exactas si el problema que se le presenta está relacionado con sus necesidades biológicas, mientras que la capacidad acumulativa de experiencias del segundo le abre necesidades nuevas: la asimilación del uso de las herramientas modifica sus movimientos naturales e instintivos y adquiere en el curso de su vida nuevas facultades motrices más perfeccionadas. De este modo, asimilar el empleo de cierto conjunto de herramientas equivale a desarrollar cierto número de aptitudes: «Antes de que el primer trozo de sílex hubiese sido convertido en cuchillo por la mano del hombre, debió haber pasado un periodo de tiempo tan largo que, en comparación

1. Engels, F.: *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Ed. Ayuso, Madrid, 2001, p. 77.

con él, el periodo histórico conocido por nosotros resulta insignificante. Pero se había dado ya el paso decisivo: *la mano era libre* y podía adquirir ahora cada vez más destreza y habilidad; y esta mayor flexibilidad adquirida se transmitía por herencia y se acrecentaba en cada generación. Vemos, pues, que la mano no es sólo el órgano del trabajo, *es también producto de él*. Únicamente por el trabajo, por la adaptación a nuevas y nuevas funciones, por la transmisión hereditaria del perfeccionamiento especial así adquirido por los músculos, los ligamentos y, en un periodo más largo, también por los huesos, y por la aplicación renovada de estas habilidades heredadas y elevadas a funciones nuevas y cada vez más complejas, ha alcanzado la mano humana su perfección»². Fue la mano la primera herramienta de precisión, la herramienta de herramientas. *Mano, boca (dieta omnívora) y cerebro* forman el triángulo esencial humano, una vez que tuvo lugar la bipedestación. A partir de ahí, y sobre la base de sus cualidades funcionales anatómicas (capacidad craneana, etc.), aparece el pensamiento conceptual, cuyos rasgos esenciales son:

Representación central del espacio. Los organismos que viven en medios poco complejos, como alta mar o una estepa, necesitan poseer reacciones de orientación mucho menos precisas y diferenciadas que los organismos que han de enfrentarse constantemente con situaciones complicadas y quieren salir airosos de ellas.

Polifacetismo. El hombre es un animal no especializado, un ser de carencias, pues ni sus pautas innatas de comportamiento ni su estructura anatómica están adaptadas específicamente a un medio concreto, por lo que pueden adaptarse más fácilmente a cualquier medio, y sus opciones adaptativas contribuyen a la multifuncionalidad de las distintas partes de su organismo, lo que permite comportarse del mismo modo como especie, y al propio tiempo a poder diferenciarse mucho entre sí. Las pautas de conducta de dos ratas son similares, las de san Francisco de Asís y las de Adolph Hitler no, como tampoco lo son la cultura nazi y la budista: sólo el ser humano crea culturas diferenciadas. Como el atleta de *décathlon*, puede ser superado por los especialistas en cada una de las actividades especializadas (correr, saltar, marchar, nadar,

lanzar), pero supera a todos si tomamos las pruebas en conjunto.

Curiosidad exploradora. El animal no especializado es curioso al principio; sólo en el hombre dura toda la vida el deseo de conocer, con los riesgos subsiguientes. Mientras que en los demás animales la curiosidad constituye una actividad juvenil pasajera hasta que dominan su territorio, el ser humano busca progresar siempre, y eso implica un aprendizaje permanente.

Neotenia. El hombre se comporta como un animal joven: carece de pelo en el cuerpo, tiene más cráneo que cara, y por eso existe más parecido entre un hombre adulto y un chimpancé joven que entre un hombre y un chimpancé adulto. El hombre no es guajolote a los veinte años, león a los treinta, camello a los cuarenta, serpiente a los cincuenta, perro a los sesenta, mono a los setenta, y niño a los ochenta. Ni antes de tomar alcohol es simple como borrego que nada sabe, o como oveja boquiabierta ante quienes la venden; ni a los treinta se manifiesta fuerte como león, jactancioso y pendenciero; ni a los cuarenta se vuelve cerdo y se revuelca en el fango, ebrio con cualquier ocasión; ni cuando ha bebido lo conveniente se vuelve como un mono saltando y dejando que salgan, delante de todos, tonterías de su boca sin autocontrol. Lo más cierto es lo mucho que cambiamos los humanos: «¡Cuando era un chico de catorce años, mi papá era tan ignorante que apenas podía tolerarlo; sin embargo, cuando cumplí veintiuno, quedé sorprendido de lo que él había aprendido en siete años!». La vejez comienza a los 30 años, cuando la rótula se calcifica, movimiento precursor de los demás. No obstante, el cerebro tiene la capacidad para modificar la estructura de sus neuronas, lo que se denomina *neuroplasticidad*. Las protoneuronas tienen una vida muy efímera y mueren pronto si no las utilizamos no pudiendo devenir adultas. O las quemamos como en el síndrome *Burn Out*, o las burocratizamos como en el *síndrome gris*, que anuncia la cercanía de la andropausia, ese dudoso arte de amargarse la vida al modo de Winston Churchill: «La salud es un estado transitorio entre dos periodos de enfermedad que por lo tanto no augura nada bueno».

Ya los sofistas griegos debatieron en torno a la diferencia entre lo que es *por naturaleza* y lo que es

2. *Ibid.* Cfr. Leontiev, A: *El hombre y la cultura*. Ed. Síntesis, Barcelona, 2011, p. 321.

por convención, la cultura. Durante generaciones han discutido los investigadores qué era innato o adquirido en un comportamiento: ¿es verdad que ser culturales forma parte de nuestra naturaleza? Lo que parece claro es que los animales están más sujetos a lo innato. ¡Qué diferente es la *vida humana consciente*, si la comparamos con la vida de una garrapata regida por sus instintos primarios! «La garrapata espera en las ramas de cualquier arbusto para caer sobre algún animal de sangre caliente. La proximidad de la presa se la indica a ese animal ciego y mudo el sentido del olfato, que sólo está despierto al único olor que exhalan todos los mamíferos: el ácido butírico. Ante esa señal se deja caer, y cuando cae sobre algo caliente y ha alcanzado su presa, prosigue por su sentido del tacto y de la temperatura hasta encontrar el lugar más caliente, el que no tiene pelos, donde perfora el tejido de la piel y chupa la sangre. El mundo de la garrapata consta solamente de percepciones de luz y de calor y de una sola cualidad odorífera. Está probado que no tiene sentido del gusto. Una vez que ha concluido su primera y única comida, se deja caer en el suelo, pone sus huevos y muere. Naturalmente, sus posibilidades son escasas. Para asegurar la conservación de la especie, un gran número de esos animales espera sobre los arbustos, y además cada uno de ellos puede esperar largo tiempo sin alimento. Se han conservado con vida garrapatas que estuvieron dieciocho años sin comer»³. Un patito se zambulle y buscará el fondo cenagoso aunque lo críe una gallina, y no picoteará los granos jamás, pese a estar rodeado de pollitos. La ardilla de Europa central esconde nueces o avellanas en el otoño para provisión invernal: con la nuez en la boca busca en el suelo hasta dar con la base de un tronco de árbol; entonces hace un agujero con las patas delanteras, echa la nuez, la pone bien firme con el hocico, y después vuelve a echar encima la tierra sacada. Repetidas veces he criado ardillas de modo que no tuviesen ningún ejemplo ni pudieran tratar por sí mismas tampoco de esconder nueces. Pues, a pesar de eso, dominan la técnica de ocultar nueces propia de su especie. La primera vez que se les ofrecen nueces a las ardillas ya crecidas se las comen inmediatamente. Pero, ya hartas, comienzan a esconderlas, corren de acá para allá buscando hasta que

arañan en un rincón de la habitación; a continuación, sueltan la nuez, la afirman con el hocico y vuelven a echar tierra y apisonarla con las patas delanteras. Esto demuestra claramente que se trata de una cadena de comportamientos cuya programación se transmite por herencia y se desenvuelve automáticamente.

Sin embargo, y aunque con toda seguridad el bebé tiene pautas motoras innatas gracias a las cuales no necesita aprender a mamar ni a sonreír, llorar, o aferrarse a muchas cosas, muchas de esas pautas de comportamiento se van desarrollando poco a poco, y es difícil precisar qué es lo que sencillamente se perfeccionó, o sea, lo que estaba programado de antemano⁴, pues, «la distinción entre lo innato y lo adquirido a veces resulta muy difícil de delimitar. En efecto, porque un comportamiento sea estereotipado o idéntico en diferentes individuos no vamos a calificarlo como innato, ya que es normal que unos individuos de la misma especie, emplazados en unas circunstancias idénticas, y en un medio idéntico, tengan tendencias a aprender las mismas cosas y a expresarlas del mismo modo. E inversamente el hecho de que un comportamiento no sea ejecutado desde el principio de una forma perfecta y definitiva no autoriza a concluir que dicho comportamiento no sea innato. El comportamiento se asienta progresivamente. Algunas respuestas se traducen muy pronto en la vida, como la reacción de fuga ante los predadores y los movimientos de bienestar y de cuidado corporales. Otras no hacen su aparición hasta mucho más tarde, cuando el individuo deviene adulto: tales son todos los comportamientos vinculados a la reproducción, por ejemplo el combate territorial en el caso de un animal vertebrado. Este progresivo asentamiento se combina con la aparición de los procesos de aprendizaje, y hasta se da la circunstancia de que ciertas manifestaciones aprendidas aparecen antes de haber concluido la maduración completa del comportamiento innato. Además, no se da solamente un desarrollo paralelo de los procesos de aprendizaje y del comportamiento humano, sino que existe entre ambos una estrecha dependencia. Los genes expresan únicamente potencialidades, y éstas se manifiestan en función de las condiciones del medio. Por el contrario, lo que un animal puede aprender viene limitado por sus in-

3. Ghelen, A: *El hombre*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1979, p. 299.

4. Eibl-Eibesfeldt, I: *Amor y odio. Historia natural de las pautas elementales de comportamiento*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, pp. 304 ss.

formaciones genéticas, por su equipamiento innato. Los animales, de hecho, heredan simplemente unas predisposiciones para aprender determinadas cosas en determinados momentos. Así pues, el comportamiento final de un animal está en función a la vez de las informaciones genéticas y de las del medio o entorno. Y el desarrollo de dicho comportamiento, tanto en lo que atañe a lo innato como en lo que se refiere a lo adquirido, está en función primordialmente de la evolución y asentamiento del material de equipo subyacente»⁵. Nada de esto impide que la condición humana es por supuesto en parte espontaneidad natural, pero también deliberación artificial: llegar a ser humano del todo es siempre un arte.

El hombre modifica su dotación innata y avanza mediante la simbolización que le libera de lo sensible: produce objetos que otros consumirán; aprende la tradición y puede prolongarla o modificarla; orienta su comportamiento hacia el bien común, creando para ello la ley; se eleva a la música, al arte, a la escritura, a la religión. La inteligencia humana posee las siguientes capacidades: aprender por sí misma; distinguir lo importante de lo secundario; reconstruir la realidad a partir de indicios fragmentarios; enfrentarse con espíritu de superación a situaciones nuevas; modificar las estrategias en función de la información y la experiencia; prever el futuro elaborando planes sin ignorar las incertidumbres; reconocer lo nuevo sin reducirlo a lo conocido⁶. El hombre es *animal de signos*, los cuales se dividen en símbolos y señales. En tanto que *animal simbolizador* supera la condición de mero «intérprete de señales». Mientras los sistemas de signos de los animales son iguales en cada especie animal (todos los perros ladran del mismo modo), hay diferentes lenguas humanas. El loro puede repetir sonidos, pero no puede articular palabras. El lenguaje humano transmite conceptos, y no meros sonidos. Dada su intrínseca relación objetiva, el trueno es señal del rayo, el humo lo es del fuego: siempre que hay lo uno hay lo otro, pero el hombre *simboliza*: las palabras *The End* simbolizan el final de la película; la rosa, el amor. Los símbolos relacionan cosas distintas de sí mismos, entre el signo y lo significado no hay relación natural, sino artificial: podríamos simbolizar el amor con algo que no fuera una rosa. El *lenguaje simbólico* define al ser humano.

EL GRAN ABISMO DE LA CONCIENCIA MORAL

Junto a la diferencia conceptual animal-hombre, a un hombre siempre se le puede decir con respeto: «A quien esto lea, allí donde comparte conmigo la certeza, avance conmigo; allí donde comparte la duda, busque conmigo; allí donde reconoce su error, venga a mí campo; y donde reconoce el mío, llámeme a la verdad»⁷. Pero todo eso con calma; las personas obsesivas perfeccionistas son las más vulnerables a padecer trastornos depresivos. Son los hermanos mayores los que más sufren el perfeccionismo. Es verdad que los perfeccionistas también tienen su lado positivo. Son muy honestos, con un alto sentido del deber y de la moral, trabajadores incansables, puntuales, cumplidores y tremendamente ordenados. La lástima es que de esas virtudes gozan más sus jefes o sus patrones que ellos mismos. Suelen tener poca capacidad de disfrute, por eso siempre digo que no me gustaría ser perfeccionista, pero si tuviera una empresa me encantaría que el ochenta por ciento de los trabajadores de mi plantilla lo fueran.

Para quienes desean ver, la luz es suficiente; pero también lo es la oscuridad para quienes no desean ver. Como dijera Erasmo, «el hombre es el único ser animado hecho para la amistad, para la gratitud y para la graciosa convivencia. Dióle un lindo parecer, ni huraño ni montesino, sino suave y apacible, con muestras evidentes de amor y de bienquerencia. Dióle amigables ojos, y en ellos hizo que se asomase el alma. Dióle brazos generosos para abrazar. Dióle el instinto del beso, por el cual, en cierto modo se unen y se tocan las almas. A él sólo atribuyole la risa, signo de voluntad alegre; a él sólo las lágrimas, símbolo de misericordia y de clemencia. Y dióle voz, no amenazadora ni horrenda, como a las fieras, sino blanda y melodiosa. Sin embargo en ningún lugar deja una huella pacífica el hombre»⁸. Al fin y al cabo, como lo dijo Blas Pascal, «el hombre no es sino una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarle; un vapor, una gota de agua bastaría para matarle. Pero, aun cuando el universo le aplastara, el hombre sería aún más noble que aquello que le mata, pues él sabe que muere y conoce el poder del universo sobre él. Mientras que el universo no sabe nada».

La muerte no es morir, no es abrir la puerta a una deriva fugitiva. He convivido, he fraguado algo a golpe de perseverancia, de sudor, he cincelado mi propio rostro, éstas son mis manos, soy importante. Si la

5. Ruwert, J.C: *Etología*. Ed. Ariel, Barcelona, 1998, p. 103.

6. Morin, E: *El método, conocimiento del conocimiento*. Ed. Austral, Buenos Aires, 2007, p. 222.

7. San Agustín, *De Trinitate*, I, 3, 5.

8. Erasmo: *La guerra es grata a los inexpertos*. Ed. Sep, México, 1984, pp. 383-384.

vida no se abre con picaporte, no le des una patada a la puerta: la experiencia no es la justificación de los errores de la vida, sino una forma de aprendizaje categórico. El error no me oculta la luz, sino que es buena ocasión para subir más alto, porque la luz está arriba, atravesando las nubes. El fracaso total es una palabra que no está en mi diccionario. Lloro lo que tengas que llorar y después abre los ojos. Para una hormiga una gota de rocío es una inundación, pero yo no soy una hormiga; yo no quiero ver la catedral de Milán como una hormiga entre dos sillares, sino construir catedrales, aunque no tenga chabola donde caer muerto.

Cuando las ideas mueven el mundo es cuando se han transformado en sentimientos. Se dice que el lema *enseñar deleitando* es bueno, y lo es; pero el verdadero lema es *enseñar emocionando y emocionar enseñando*. Larga tarea para una humanidad que atraviesa tres fases en su desarrollo evolutivo. En el primero, *preconvencional*, obedecemos las reglas sólo para ser premiados o no castigados actuando conforme al *ojo por ojo y diente por diente*. En el *convencional*, de los nueve a los dieciséis años, primero obedecemos para agradar a la autoridad y luego para ser considerados buenos ciudadanos. En el *posconvencional*, de los dieciséis en adelante, reglas y leyes pueden modificarse en busca de principios universales tales como libertad, igualdad, justicia, etc. Infortunadamente, no pocos adultos se atrancan en los dos primeros, y para hacer posible el tercero se escribe este libro, que busca reforzar la maduración intelectual y emocional de sus lectores con orden, rigor y desde luego con la mayor claridad posible: una relación personal sanamente orientada deja atrás el *nivel preconvencional*, donde la instancia para juzgar los valores es el egoísmo, al *nivel convencional*, en que se tienen por valiosas las normas de la comunidad particular en que uno se inserta, y se mueve en el *nivel posconvencional*, en el que hemos aprendido a distinguir entre las normas de nuestra comunidad concreta y los principios universales para toda la humanidad y que legitiman a todas las instituciones democráticas cuando verdaderamente lo son.

DE LO CONVENCIONAL A LO POSCONVENCIONAL HAY EL MISMO SALTO QUE ENTRE EL ÍCONO Y EL ÍDOLO

Podríamos afirmar sin miedo a equivocarnos que *lo posconvencional* es ícono, y *lo convencional* ídolo. El *ícono* disminuye para permitir ver aquello hacia lo que remite, dejando espacio para que la alteridad crezca y reconociendo la irreductibilidad del otro ser. Manifestando lo que el otro es, permite que su mirada se

encuentre con la nuestra y haga surgir su don sin imposición ni posesividad. Pretende la semejanza y permite la humildad de la diferencia, por eso nos invita a respetarla y amarla, da y se da en libertad. Es *símbolo* y, como tal, une sin ocultar que siempre hay separación, irreductibilidad, diferencia, porque es sano que la haya. Cuando aceptamos al otro creamos un espacio de universalidad, una posibilidad de éxtasis, un ámbito común de recíproca creatividad. El ícono acepta al género humano en cada uno, y por eso representa a todos los demás que acepta, resultando la antítesis de la envidia.

El *ídolo*, por el contrario, es un *diábolo* que desune y separa, un espejo que nos devuelve la mirada para que nos veamos sólo a nosotros mismos invisibilizando a los demás, como los vampiros. Atrae la mirada hacia sí mismo y la detiene indebidamente. Su mirada constituye impositivamente al otro. Impone nuestra imagen, lo queremos construir como nosotros queremos, con conocimiento controlador y posesivo. Se cobra, no es gratuito. Produce dependencia, *vértigo*. Quien se entrega a él para alcanzar el máximo desarrollo personal fusionándose con cuanto sacia sus instintos y halaga su sensibilidad se equivoca, pues el vértigo amengua e incluso anula toda capacidad creativa imposibilitando el encuentro. Como la mariposa acercándose a la luz con avidez hasta quemarse. Al idolátrico le repugna la palabra *persona* y prefiere *individuo, hombre, sujeto*, si bien reivindica los *derechos humanos*; un mundo de ídolos es incompatible con cualquier forma de *personología icónica*.

El *consumismo* idolátrico ha sustituido el *quién* por el *qué: consumo, luego existo*; consumir mujeres u hombres es consumir carne. El consumidor es la contrafigura del creador; aquél desea consumirlo absolutamente todo, lo suyo y lo ajeno y lo de todos y lo de nadie. Consume alcohol para calentar motores como único proyecto antropológico, su oscuro objeto de deseo compulsivo se expresa en la insaciable codicia de los amasadores de triunfo. En el consumista predomina la *espacialidad*, que es el reino de las cosas adheridas al espacio, *cosas-estímulo* de las cuales depende hasta el extremo de llegar a ser tenido por el tener que le tiene: es el consumidor consumido, por cuya codicia lo mucho es poco ignorando que por nuestra necesidad lo poco es mucho. El consumista resbala entre las superficies de lo extenso y por la superficialidad de esa superficie, comerciará con cuanto pueda tocar, manosear, aunque su imperio no se limita al campo abarcado por los dedos (la vista abarca más campo sin necesidad de tocar, oficio siempre más comprometido). En el consumista se agazapa un *térmico-corpóreo*, pues todo se lo arrima al cuerpo: soba la mercancía, magrea el género hasta su reblan-

decimiento y luego a por otra novedad, la novedad de lo mismo repetido. Compulsivo, sólo cobra autoconciencia cuando ha comprado (*consumo luego existo*): procura llenar sus brazos con cosas, brazos nunca suficientes para tanto acarreo y trata de arrasarlo todo frenéticamente sin lograrlo, quedando expuesto a la permanente frustración.


Aunque el placer elevado a principio cierra el camino al desarrollo personal, hay coleccionistas que se levantan pensando en acumular gozo, no en vano el padre del utilitarismo, Jeremy Bentham, aseguraba que la cantidad de placer es la medida de la felicidad. Pero el día en que no ha logrado sumar la cantidad de placer que esperaba, se viene abajo y entra en crisis de autoafirmación. Don Juan Tenorio se ve forzado a forzar cada noche a una hembra cualquiera para afirmar el gozo de su virilidad ignorando que el placer no puede ser objeto de búsqueda, sino que resulta o se deriva de un modo de ser y de vivir, el cual es el que hay que lograr y que la felicidad es el premio no buscado para quien realiza el valor que debe realizar, es decir, para quien vive conforme a una *vida buena* (que no es lo mismo que la hedonista «buena vida»). Mas ¿cómo le haces entender al hedonista parásito de sus prójimos que el placer no es la medida de la felicidad, sino su consecuencia; que la felicidad es un regalo para la persona que la cultiva y que, por eso, aunque éste no llegue, la persona es feliz, incluso en medio del sufrimiento? *Una civilización que vive para el consumo devora el futuro de los propios hijos*. Los padres se endeudaron mucho, los hijos se endeudan más, ¿podrán endeudarse aún los nietos? El calvario del *homo consumens* consiste en *tratar de adquirir cuanto antes y a ser posible más que sus vecinos*. Mientras tanto, en la sombra, una minoría de diseñadores induce y manipula con nocturnidad y alevosía las necesidades haciendo bueno el mal gusto colectivo.

Son días de viajes rápidos y de llegadas lentas, de usar y tirar todo, especialmente lo más descartable: la moralidad. Moralidad para una sola noche. Cuerpos sobrecargados de peso, y pastillas que hacen de todo: alegrar, aquietar, excitar, matar. Son tiempos con mucho en los escaparates y nada en el interior. Todo a cien, porque niños esclavos fabrican esos objetos como en los tiempos de los faraones. En un hoy sin expectativas ni prospectivas, los horóscopos predicen nuestros designios banales que son tomados por grandes *profecías*.

El consumista idólatrico es padre de la gran *corrupción*, ese personaje degenerado de Dostoyevski que

creyó que tomar el cielo por asalto no sólo demandaba sino que hacía imprescindible y hasta glorioso cometer el crimen, la justificación de los medios por los fines devorando así los propios principios y escrúpulos que un día pudieron haberse tenido. El *bricolage* de opiniones y deseos del momento presente, la idea de que lo contemporáneo es un fluido caprichoso, la permisividad lúdica del *todo vale* tan parecido al *nada vale*. Resultado: corruptos los tendréis siempre con vosotros. La degradación vista de frente tiene nombres concretos, pero vista de perfil somos prácticamente la mayoría, porque eso de la corrupción no se mide únicamente por la cantidad, sino también por la cualidad, por la modalidad, por la relación, por la intención de esos excomulgadores corruptos ellos mismos, que pretenden chorrear pureza. Sí, «nuestra época ha destruido la jerarquía interior. ¿Cómo iba a dejar subsistir la jerarquía social, que no es más que una imagen grosera de ella?»⁹. No exageraríamos demasiado si afirmásemos que toda corrupción viene en última instancia de un *ego egoísta*, que no sólo corrompe cuanto le rodea, sino también a sí mismo. Y entonces la corrupción *de hecho* legaliza a la corrupción *de derecho*, y ésta legitima a aquella. Al propio tiempo la corrupción *moral* propicia la corrupción *religiosa* por burla de la ley *divina*.

La mayoría es escéptica con fondo ecléctico, relativista y desorientado; no pocos están deprimidos y no esperan nada; otros se mueven por el deseo, el yo, la voluntad de salir adelante. *¿Qué falta a esta generación?* Le falta espiritualidad, y no hablo aquí de esa melindrosa espiritualidad burguesa con dedos de cristal que nada acoge, tan parecida al peor fariseísmo; hablo de espiritualidad corrosiva, de esa que va a la cárcel, de esa que reza, sí, de esa que reza. *Rezar* en latín se dice *precare*; porque nuestra condición es *precaria* podemos rezar.

Le es más fácil a un tigre ser totalmente tigre, dignamente tigre, que a un hombre ser hombre. En Torino Federico Nietzsche se precipita hacia el espejo, se mira, se aparta horrorizado. Antes, en el tren que lo conducía a Basilea, lo único que reclamaba con insistencia era un espejo. No sabía ya quién era, se buscaba, y él, tan salvaguardián de su identidad, tan ávido de sí mismo, no tenía ya, para encontrarse, sino el más vulgar de los recursos. Y esto que le ocurría a un hombre sumido en la noche de la locura le sucede y con menor categoría a toda una civilización que vive en la barbarie sin darse cuenta de ello: la barbarie de buscar el rostro del yo humano en el espejo de las cosas. 

9. Weil, S: *La gravedad y la gracia*. Ed. Caparrós, Madrid, 1994, p. 179.